

Medio	La Nación
Fecha	7-07-2010
Mención	Claudio Rojas, de la Facultad de Educación de la UAH escribe sobre la convivencia de los estudiantes dentro de los colegios. Dice que la violencia no es sólo responsabilidad de los establecimientos educacionales.

► PERSPECTIVA

De culturas escolares violentas a culturas escolares de convivencia



Claudio Rojas Monsalves
Facultad de Educación Universidad Alberto Hurtado

UNO DE LOS elementos que más se ha destacado del estudio internacional ICCS 2009 sobre formación cívica y ciudadana es que la violencia, el vandalismo y el matonaje, son problemas de preocupación para docentes y directivos de muchos centros educativos. Este dato nos reafirma algo que ya muchos conocemos: que los hechos violentos dejaron de ser aislados, se han ido apoderando de la cotidianidad de la escuela y hoy se instalan en el centro de las preocupaciones de docentes y directivos, porque cuestionan el discurso de moralidad, de normalización y de autoridad que era propio de la escuela y que la sociedad le reconocía a ella.

Pero, por otro lado, lo preocupante de la presencia de estas expresiones es que pueden dar paso a que la violencia se instale como la forma de convivencia al interior de los establecimientos. De ahí la necesidad de preguntarse: ¿es la escuela con sus características actuales, con las culturas que al interior de ella se desarrollan, capaz de abordar y resolver el tema de la violencia? La respuesta es que no, por las siguientes razones:

Desde el nivel organizacional, las escuelas tienden a gestiones de tipo vertical, que favorecen culturas más violentas, por cuanto limitan las posibilidades de diálogo entre los distintos actores.

Desde la materialidad, las escuelas y liceos comienzan a segregar los espacios donde pueden moverse los distintos actores; a limitar sus usos y los tiempos de uso; las salas de clases se cierran en los recreos; luego se ponen barrotes en las puertas y ventanas, y con todo ello se busca evitar los robos entre los estudiantes y de los estudiantes hacia el resto de la comunidad.

Desde el discurso de los actores, la responsabilidad de la violencia siempre es responsabilidad del otro. Los docentes ven cuestionada su autoridad, por lo cual exigen respeto solicitando a la inspectoría o a la dirección sanciones para los estudiantes, y cuando esto no ocurre se sienten

frustrados y no respaldados por la dirección. Los estudiantes, en cambio, se sienten violentados ante las sanciones o el cuestionamiento constante, por cómo hablan, cómo visten, la música que escuchan, etcétera.

Otro problema es que la única forma de enfrentar las prácticas violentas son siempre las sanciones, que sólo se aplican a los estudiantes, pero en ningún caso a las prácticas y discursos violentos, que pueden generar otros actores de la escuela. ¿Qué pasa cuando un docente o un paradocente insulta o humilla a un estudiante en cualquier espacio de la escuela? ¿Eso es sancionable o es ejercicio de autoridad que debe ser permitido y promovido para recuperar el orden?

Está claro que la escuela, con su forma y



gramática decimonónica y con su cultura violenta, es muy limitada para resolver las violencias que se producen en su interior. Por lo tanto, es necesario repensarla, generando una cultura de convivencia, de diálogo y de respeto entre todos los actores, que implique entre otras cosas: avanzar desde los docentes y los equipos de gestión para terminar con la dicotomía entre cultura escolar y cultura juvenil. Hoy la escuela ya no tiene la capacidad de dejar afuera de sus muros la cultura de los jóvenes, hoy la escuela es porosa y, por ende, la cultura juvenil la ha permeado y en vez de sancionarla es mejor avanzar hacia su integración, a su comprensión y a dialogar con ella.

Es necesario que la escuela asuma que la autoridad ya no es implícita, que no la otorga el ser docente, inspector o directivo, sino que ésta se debe construir de manera permanente, sobre todo porque la escuela junto con muchas otras instituciones ya no son fuente de autoridad, de orden o de respeto.

Los docentes no han sido preparados para trabajar con la diversidad, sino más bien con la homogeneidad, no han sido preparados para el desorden, sino para la normalización; tampoco con la ciudadanía, sino con la subordinación. Por tanto, es necesario integrar a otros profesionales que puedan no sólo apoyar a los estudiantes, sino a los docentes en estrategias, discursos y prácticas. La escuela debe ser un espacio donde los jóvenes y las familias, pero también los docentes y las autoridades, se sientan parte de ella. En la medida en que sus actores no se comprometan y sientan que la escuela es un lugar de tránsito, la posibilidad de resolver los conflictos que en ella surgen se limitan, porque serán otros los que lo hagan.

Como sociedad debemos preguntarnos qué queremos de la escuela y qué estamos dispuestos a entregarle para que lo cumpla, porque es claro que acabar con la violencia no es sólo responsabilidad de ella.

Debemos preguntarnos qué queremos de la escuela y qué estamos dispuestos a entregarle, porque acabar con la violencia no es sólo responsabilidad de ella.